



Lo que ignoramos acerca de la U. R. S. S.

Por JOSEPH E. DAWIES

Ex Embajador de los Estados Unidos en la U. R. S. S.

Adaptado de *Mission To Moscow*, obra de palpitante actualidad

Joseph E. Dawies llegó al cargo de Embajador de los Estados Unidos en Moscú—que desempeñó en el bienio 1937-1938—excepcionalmente capacitado por una larga experiencia en asuntos jurídicos, políticos e industriales, para estudiar a fondo la situación de Rusia. Fué nombrado después Embajador en Bélgica y, por último, Asesor del Secretario de Estado. Su libro "Mission To Moscow", que acaba de publicar Simon and Schuster, ha despertado vivo interés en el público de los Estados Unidos, y es una acertada relación de hechos, juicios e impresiones, basada en notas de su propio diario, así como en sus cartas particulares y sus informes confidenciales a la Secretaría de Estado.

Cuando Hitler atacó súbitamente a la Unión Soviética en junio pasado afirmé que la resistencia del Ejército rojo asombraría al mundo. Me permití añadir que aun cuando Hitler se apoderase de buena parte de la Ucrania, no habría hecho más que dar el paso primero y más fácil por una senda erizada de obstáculos. Esta opinión mía, diametralmente opuesta a la sustentada por muchos peritos militares y otras gentes que pasan por bien enteradas—entre las cuales no faltaban quienes creyesen que los alemanes tomarían Moscú en tres semanas—, estaba fundada en lo que yo había visto en Rusia.

En 1937 y 1938 tuve ocasión de apreciar la impresionante potencia numérica del Ejército rojo. Ya en aquel entonces tendría Rusia más de 15 millones de hombres con instrucción militar. El adiestramiento de esos hombres comenzó cuando sólo tenían seis años, en organizaciones infantiles, y había ido intensificándose, a medida que adelantaban en edad, con ejercicios físicos graduados, instrucción militar y práctica de tiro, de paracaídas y de avionetas o aeroplanos sin motor. Aproximadamente millón y medio de estos soberbios ejemplares físicos entraban cada año en filas. Al iniciarse el ataque de Hitler presumo que Rusia contaría con no menos de 18 millones de oficiales y soldados instruídos utilizables.

Según informes dignos de todo crédito, el Ejército rojo disponía ya en 1938 de unos 4.000 tanques. El Día del Ejército Rojo yo vi desfilar 480—algunos de enormes dimensiones—por la plaza Roja de Moscú. Los peritos militares que presenciaron el desfile convinieron en que en el funcionamiento de esas máquinas de guerra apenas si se podían notar ligerísimos defectos.

A raíz de la Conferencia de Munich, celebrada en septiembre de 1938, se aceleró la ejecución de un ingente programa de armamentos. Los presupuestos del Soviet para la defensa han ascendido a un promedio de 6.000 millones de dólares

anuales en 1938, 1939 y 1940, suma escasamente inferior al total de lo que se recaudó por concepto de impuestos federales en esos mismos años en los Estados Unidos.

Gran parte de ese dinero se ha invertido en nuevas industrias militares, muchas de las cuales están emplazadas en los Montes Urales. También se han adaptado a la producción de material bélico muchas fundiciones y fábricas de tractores. Naturalmente, tanto las industrias nuevas como las transformadas requieren un plazo para empezar a producir; pero este mismo retraso ha favorecido a veces a los rusos. Por ejemplo, los alemanes dieron como definitivos los diseños de sus aviones *Messerschmitt* en 1939 para emprender su producción en masa. El retraso, por haber comenzado más tarde, ha permitido a los rusos dotar a sus aeroplanos de ciertos adelantos. El pasado mes de septiembre tuve ocasión de hablar en Washington con varios destacados aviadores rusos, recién llegados del frente. Me dijeron que sus nuevos aviones de combate eran superiores a los *Messerschmitt* y a los *Spitfire* y que los últimos bombarderos rusos tenían mejor blindaje que los alemanes y podían volar a tal altura y con tanta velocidad, que no necesitaban escolta de aparatos de caza.

Es casi seguro que los rusos puedan mantener a raya a los alemanes durante todo el año 1942. Pero no se puede derrotar a Alemania con una táctica puramente defensiva. Es menester que los rusos lleven la contraofensiva iniciada este invierno hasta las mismas fronteras alemanas en la primavera y el verano próximos. Para sostener esa contraofensiva van a necesitar que del exterior se les provea de tanques, aeroplanos, cañones y municiones. Los alemanes han ocupado muchos e importantes centros industriales rusos, y las fábricas de los Urales acaso no basten para sostener una ofensiva prolongada.

Para todo el que esté familiarizado con la abundancia de

recursos y la capacidad industrial de Rusia, y sobre todo con el pueblo ruso, el ataque de Hitler a la U. R. S. S. fué una imprudencia temeraria. El territorio de la Unión Soviética abarca la sexta parte de la superficie terrestre y contiene 170 millones de habitantes, casi una décima parte de la población mundial. La dura vida que ha llevado el pueblo ruso le ha hecho adquirir muchas virtudes. Su patria tiene inmensos recursos agrícolas y casi todas las materias primas de valor militar, singularmente el petróleo. Con anterioridad al ataque de Hitler, solamente los Estados Unidos aventajaban a Rusia en la producción de tractores, maquinaria agrícola, camiones, vagones y locomotoras. Sólo Alemania y los Estados Unidos fabricaban más acero, y sólo Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos extraían más carbón.

El progreso industrial de Rusia en los veinte últimos años lo ha hecho posible únicamente la fuerte centralización de un Estado al cual anima un celo casi religioso. Aunque el régimen de Stalin es adepto al comunismo, su política económica se ha inclinado constantemente a la derecha. Ciertamente que el Estado sigue poseyendo todos los medios de producción y que no ha restaurado el sistema de las ganancias particulares en la forma que nos es conocida; pero, cuando menos, ha sabido estimular al individuo a que mejore la calidad de su trabajo. El llamado stajanovismo restableció el sistema de destajo; los trabajadores reciben ahora el salario y otros beneficios de acuerdo con su producción individual. La Unión Soviética premia la habilidad de los directores y altos empleados fabriles dándoles mejores casas y hospitales, excelentes escuelas para sus hijos y ciertas ventajas en el transporte y en el disfrute de sus vacaciones.

En la Unión Soviética no hay más que un partido, y sobre ese partido, que cuenta con menos de tres millones de afiliados, ejerce absoluto dominio un hombre: José Stalin. Un Comité central, de unos cien individuos, preside al partido comunista; el Politbureau, de once miembros, dirige al partido y al Gobierno; el Politbureau es el ejecutor de la voluntad de Stalin. Toda oposición se liquida en el acto. Sin embargo, la fiereza con que los rusos han defendido sus hogares y la unidad que han manifestado en su lucha contra Alemania, no dejan duda sobre la amplia confianza que merece el régimen staliniano. ¿Cuál es el secreto del éxito de Stalin?

Débase ese éxito en gran medida a dos factores: uno es la juventud y el ímpetu de los jefes soviéticos; otro, las riquezas naturales del país. Stalin, el presidente Kalinin, el ministro de Estado, Molotof; el comisario de Guerra, Voroshilof, y el embajador Litvinof, son los únicos supervivientes destacados del período Lenin-Trotsky de hace veinte años. Todos los demás jefes de la Rusia actual son hombres agresivos y capaces, pertenecientes a una generación más joven. Los que he conocido me han dado la impresión de ser enérgicos y competentes.

Stalin, si bien ha eliminado enteramente a todos sus rivales, encarna el tipo del "buen patrón", tranquilo, que gusta de pasar inadvertido, y personalmente, afectuoso. Como todos los demás jefes soviéticos, Stalin trabaja mucho, vive muy sencillamente y desempeña su cargo con absoluta probidad. Es cosa generalmente sabida que la malversación no existe en las altas esferas moscovitas.

He presenciado dos series de juicios en las famosas depuraciones. Casi todos los periodistas extranjeros y los diplomáticos que a la sazón residíamos en Moscú convinimos en que los acusados habían conspirado contra el régimen; pero a la mayoría se nos escapó un detalle importante. Repasando el sumario traducido de las causas, pude observar que los acusados habían confesado su participación en las que ahora se llaman actividades "quintacolumnistas", bajo sus más variadas formas. Por eso, cuando me preguntaron cuál sería la actitud de los quintacolumnistas rusos con ocasión del ataque de Hitler a su patria, respondía en el acto: "No queda ninguno. Los han fusilado a todos."

No obstante la virtual utilidad de esa eliminación, las depuraciones me hicieron pensar en lo caro que resulta en sangre y libertad el régimen dictatorial. Como no existen cauces legales para la oposición, ésta se convierte automáticamente en ilícita. Los que están en desacuerdo con la política gubernamental sólo tienen la alternativa de aguantarla hasta encontrarla grata o conspirar contra el Estado. Además, las depuraciones crearon una atmósfera propicia a que algunos individuos intentaran—y en algunos casos consiguieran—satis-

facer rencores personales denunciando a personas que les eran odiosas. Sin duda alguna, se "liquidó" a muchos inocentes. Por estas razones, y sin perjuicio de reconocer a los jefes soviéticos todo el idealismo y la abnegación del mundo, sigo convencido de que ningún género de dictadura alcanzará nunca a valer lo mucho que sale costando.

A los ojos de muchos norteamericanos, el Pacto nazisoviético hizo recaer la nota de solapada, y aun de engañosa, en la diplomacia rusa. Un ligero examen de los hechos aclarará las dudas surgidas a este propósito. Mientras que los Estados Unidos vendían chatarra y petróleo al Japón, Rusia prestaba ayuda positiva y tenaz a China. Mientras los británicos abogaban por la "no intervención" en España, los Soviets enviaban hombres y pertrechos a los leales. Pero lo que distinguí al Gobierno soviético de todos los demás Gobiernos, antes del estallido de la guerra, fué el reconocimiento oficial de la amenaza alemana. En junio de 1938, Stalin me expuso francamente sus opiniones sobre la situación mundial. Resumí sus declaraciones en un despacho que envié al Secretario de Estado, y del cual copio:

"Manifestó Stalin que las perspectivas eran pésimas para la paz europea. Agregó que el Gobierno inglés de Chamberlain estaba decidido a seguir una política de robustecimiento de Alemania para obligar a Francia a depender cada vez más de Inglaterra y, en último caso, para crear una Alemania fuerte frente a Rusia. Afirmó que, a su juicio, Chamberlain no representaba al pueblo inglés y que probablemente caería del Poder víctima de las exigencias, cada vez más grandes, de los dictadores."

La exclusión de la Unión Soviética de la Conferencia de Munich causó desasosiego en Rusia. En marzo de 1939, cuando Hitler violó los acuerdos de Munich con la ocupación de Praga, Stalin advirtió que la Unión Soviética no estaba dispuesta a sacar las castañas del fuego a otras naciones. El 30 mayo, Molotof, que era a la sazón comisario de Estado, repitió la advertencia y la invitación a un pacto de ayuda mutua. Pero ni Inglaterra ni Francia se dieron por enteradas de la amenaza ni del ofrecimiento de Rusia. Convencidos de que no había modo de llegar a un acuerdo efectivo con la Inglaterra de Chamberlain ni con la Francia de Daladier, los gobernantes rusos se resolvieron a sacar el mejor partido posible de tan desfavorable situación, y firmaron el pacto de no agresión con Hitler. Los hechos no abonan ninguna acusación de doblez que a los rusos pretendieran dirigir Inglaterra, Francia o cualquier otra nación.

Pronto demostraron los jefes rusos, con sus actos y declaraciones, que no tenían confianza en que Hitler cumpliera el compromiso de no agresión y que no existía, además, tal "alianza sacrilega" entre Hitler y Stalin. Al ocupar los Estados bálticos y la Besarabia y al atacar a Finlandia, los soviets se limitaban a prevenirse contra una esperada invasión alemana. Durante la batalla de Inglaterra, las publicaciones militares soviéticas elogiaron a la R. A. F. Inmediatamente antes del ataque alemán a Yugoslavia, la Unión Soviética firmó un Tratado de amistad y no agresión con aquel país. El Ministerio de Estado soviético notificó a los búlgaros que no debían autorizar la entrada de tropas alemanas en su patria.

En los momentos presentes, el único motivo que podría impeler a Stalin a firmar la paz con Hitler sería la convicción de la inutilidad de continuar toda resistencia si Inglaterra y los Estados Unidos no pudieran, o no quisieran, proporcionar a Rusia los elementos necesarios para proseguir la lucha. Por tanto, para eliminar la posibilidad de una paz germano-rusa, tenemos que suministrar a Rusia los materiales que necesita.

La economía norteamericana ha necesitado siempre que Rusia le suministrase manganeso, cromo, potasa y mercurio. Rusia ha importado cobre de los Estados Unidos, y seguramente sus compras de equipos fabriles y artículos industriales aumentarán en el período de la postguerra.

A los que se duelen de que los rusos no bombardeasen a Tokio al minuto de bombardear los japoneses a Pearl Harbour, conviene recordarles que el Ejército rojo es la única fuerza militante que está devolviendo golpe por golpe a los alemanes y obligándoles a retirarse. Para lograrlo ha sido necesario llevar al frente europeo muchas tropas del frente oriental. El ataque aéreo ruso a las ciudades japonesas traería la invasión de Siberia por los japoneses como inmediata consecuencia. Sería un pésimo negocio trocar la ofensiva de Rusia contra Hitler por una más que dudosa ventaja sobre el Japón.